

el tribunal, exigiendo el *sumun jus* para martirizar en nombre de la justicia. Este tipo de judío es el del *empeñero* español en 1899.

El antisemitismo francés es el odio contra los judíos opulentos, elegantes, artistas, grandes señores, dictadores en la Bolsa, autores de Panamá y otros dramas íntimos sub-parlamentarios. Para la impresionabilidad de gran parte del pueblo francés, los judíos son los corruptores de la república, todo lo tienen comprado, su oro alcanza para pagar mayorías legislativas y esos grandes gastos de gobierno les son devueltos en concesiones de ruinosos negocios. El error de los antisemitas franceses está en creer que la corrupción de la República depende de las maniobras judías lo que es enteramente falso. He dicho hasta el fastidio que la historia prueba que la república parlamentaria es un órgano que tiene por funciones inevitables la anarquía y la corrupción. Este grave mal no emana de la república sino del parlamentarismo. El parlamentarismo inglés fué un río de corrupción ciento veinte años, el parlamentarismo francés de la época de Luis Felipe fué anárquico é infectamente corrompido: la historia llama á Wampole, el primer ministro de Jorge I de Inglaterra y á Guizot, primer ministro de Luis Felipe, los *inmortales corruptores*. La corrupción existe en Italia, en España, en Bélgica, en todas partes donde hay parlamentarismo sea monárquico ó republicano; neceramente siempre es más fuerte en la república parlamentaria que en la monarquía, por no tener el presidente elementos para defenderse contra el *chantage* del famelismo y de los ambiciosos, que le dicen con el voto en la mano al *Ministerio* en cada sesión «*La bolsa y los favores ó la vida.*»

Inglaterra desde el año de 1838, ha acabado con la corrupción parlamentaria, aplicando una fórmula correctora sencillísima. Cada vez que la Cámara de los Comunes, derroca un ministerio, la Corona en uso de su soberanía disuelve á dicha Cámara y convoca al cuerpo electoral. De este modo solo por causa muy grave puede caer el Ministerio, la Cámara sabe que si el personal del ministerio abandona el poder, su propio personal también lo abandona; pero ningún otro país y especialmente los latinos pueden hacer lo mismo. Cuando en un país latino se apela al pueblo para que en una nueva elección de representantes indique su opinión, sobre un asunto cualquiera, resulta que la votación recae sobre la forma de gobierno y que á cada elección la república ó la monarquía están en peligro de perecer.

Pues bien, ni en Italia, España, Bélgica, Grecia y otras naciones parlamentarias distinguidas por una corrupción y anarquía muy inferiores á la que ineludiblemente engendra la república parlamentaria, no hay judíos corruptores. No los hubo tampoco con Wampole, con el gran Pitt, con Guizot, ni en la descabellada república española, ni en la no ménos república parlamentaria inglesa que sucedió á Carlos I. La corrupción del parlamentarismo es él mismo, el parlamentarismo es la *corrupción* erigida en forma de gobierno; en tanto que el hecho de los judíos corruptores

solo es francés. Y si Francia exterminase á los judíos y continuase la infecta república parlamentaria, los corruptores serían franceses, ó turcos, ó chinos, ó de cualquiera parte; la república parlamentaria sin la corrupción de la meretriz, es inconcebible. El antisemitismo francés es un hijo bastardo del clero, que pretende hacerse pasar por vástago de la república parlamentaria. Si en Francia fueran ahorcados los judíos corruptores y continuase la república parlamentaria ó bien volviera la monarquía parlamentaria de los Orleans, el clero con gran placer sería el corruptor obediente á las seducciones inmorales del parlamentarismo. El clero disputa el papel de corruptor.

El *anarquismo* en Francia, es el resultado de una desesperación bestial, sanguinaria, fúnebre, engendrada por la miseria que van conquistando en la nación el clericalismo, el militarismo, el parlamentarismo, el antisemitismo.

* * *

En Rusia no hay más que militarismo, trazas insignificantes de nihilismo, un antisemitismo sin consecuencias graves, y el *militarismo* de Rusia no es peligroso para la sociedad, porque tiene su correspondiente César. En Austria hay militarismo, del género no peligroso por tener también César y un poco de parlamentarismo. En las naciones anglo-sajonas, Inglaterra, Estados Unidos y en Suiza, no hay militarismo, ni clericalismo, ni antisemitismo, ni *parlamentarismo*, ni anarquismo. Los países latinos son los únicos en quienes esos grandes azotes se encuentran muy acentuados. En España existe el clericalismo, el militarismo, el parlamentarismo y el anarquismo. En Bélgica, el clericalismo, anarquismo y parlamentarismo; lo mismo exactamente que en Italia. Francia tiene completo el *juego de las grandes calamidades* y aún grado que espanta. En Francia el *clericalismo* es poderoso como en ninguna parte; el *anarquismo* es más fuerte y violento que en ninguna parte; el antisemitismo es como en ninguna parte. El militarismo sin César es un monstruo como en ninguna parte y el parlamentarismo multiplicado por la debilidad de un Ejecutivo casi indefenso, es más anárquico y más corrompido que en ninguna parte.

El *clericalismo* tiende á hacer de Francia una esclava pobre é idiota; el militarismo quiere patearla y manejarla con la brutalidad de una bestia ébria, puesto que no hay César que haga del ejército un órgano de orden; el antisemitismo tiende á expulsar la mayor parte del oro de Francia, del que son dueños los judíos, produciendo una crisis horrible comercial, industrial, financiera. El *parlamentarismo* se cree capaz de vivir cuando no hay narices que resistan abiertas á su podredumbre y el anarquismo tiene por programa extinguir á la sociedad.

Todas estas fuerzas siniestras y poderosas reunidas en una nación, tenían que dar una resultante espantosa, única, salvaje, capaz de alarmar al

mundo y hacer ver á Francia, tan gran nación, con horror ó desprecio. ¿Esta resultante es el caso Dreyfus? Se comprende que si el ejército en Francia quiere derribar á la república parlamentaria en lo que haría un servicio á Francia y al mundo, tan grande como el que le hizo Cromwell á Inglaterra y el general Pavía á España; procediera arrojando á culatazos á los diputados y al presidente del Eliseo. Esto sería brutal pero sería acto militar. Considero necesario avisar á mis lectores que soy admirador y partidario de repúblicas democráticas como la de Suiza, Estados Unidos y Brasil; pero que admiro igualmente á todos los Césares que acaban con una república parlamentaria que solo sirven para garantizar los derechos de la anarquía y de la inmoralidad más corrosiva, en vez de garantizar los derechos del hombre.

Pero el ejército francés por lo mismo que no tiene César se ha dedicado á escuchar como sonata heróica, la rechifla que le dedica toda la prensa del mundo civilizado que siguiendo, á la inglesa, norte-americana y alemana, vén en el tribunal de Dreyfus, un banquete dedicado á la farsa, á la prostitución, á la mentira ruin. Molesta ver á esa serie de generales intrigantes, presentando declaraciones falsas, tomando el aire de acusadores sin más pruebas que su prestigio entre apasionados ó malvados, haciendo chismes para enredar, anécdotas ridículas para cortejar su propia susceptibilidad, lanzando contra el acusado testigos sin pudor ó estafadores, é impasibles ante la justa cólera de los pueblos civilizados que no esperaban encontrarse en Rennes, lo que es imposible hasta en el Congo. ¿Y este es el futuro tirano de Francia?

Dreyfus no es un acusado, es la civilización de Francia en agonía. Todo lo que tiene esa nación está desorganizado; excepto un gran grupo de franceses como Zola y los augustos magistrados de la Corte de Casación, hombres intransigentes con el deber, valientes á carta cabal, inteligentes hasta admirar, indomables como la verdad y serenos como la justicia. ¿Podrá salvar á Francia, ese bello grupo ó perecerá con ella?

Una vez derrocada la República, ¿con cuál de sus pedazos se podrá hacer un gobierno? El partido monárquico ha tomado la responsabilidad de los asesinatos, de los *suicidios con mano extraña*, de las falsificaciones de documentos, de los ataques con bastón al Presidente, que son la parodia infame del regicidio. ¿Y este partido es el que puede salvar á Francia y darle justicia, derechos, libertad y virtudes?

Francia no puede ir á la monarquía absoluta de Luis XIV, porque no tiene piernas para saltar sobre la Revolución de 1789, ni puede ir al orleanismo parlamentario porque vuelve á encontrarse con la misma anarquía y corrupción; no puede aceptar el cesarismo; primero porque no tiene César aún cuando tenga centenares de generales. Los generales que hacen su carrera fuera de los campos de batalla son más bien burócratas galoneados, poseyendo la teoría de la guerra, pero sin práctica en ella. Esta clase de

generales, no tienen la culpa de dedicarse á la profesión de la guerra en tiempos que imponen la paz, mas en cambio no electrizan á los soldados, ni se hacen amar, ni admirar por ellos y el cesarismo no puede tener efecto como he dicho por falta de César. Además, al cesarismo lo alimenta la victoria y Francia no tiene pueblos contra quien pelear con ventaja, fuera de los salvajes y bárbaros de Madagascar y Tonquín quienes producen laureles cotizados muy bajo en la Bolsa de la gloria.

No siendo posible para Francia continuar con la república parlamentaria que le pirotea y devora el vientre, no siéndole posible el cesarismo ni el orleanismo, ni el absolutismo, ¿puede realizar un cambio de sistema en su república? ¿Puede establecer una república democrática como la de los Estados Unidos ó Suiza?

No conocen las instituciones norte-americanas y suizas los que creen que el federalismo es secundario en el sistema y que se le puede suprimir. El federalismo es la base inviolable de las repúblicas democráticas bien organizadas como Suiza, Estados Unidos y Brasil. Fácil sería plantear el federalismo en España é Italia que tienen tradiciones de gran valía para tal sistema, pero Francia es la nación centralista por excelencia y el pueblo francés adora su unidad porque la confunde con la patria. La única salida posible para Francia, es por la ventana que tiene debajo el precipicio socialista. El socialismo ha logrado colocar á uno de los suyos en el Ministerio francés, dos ó tres elecciones más y será suyo todo el gabinete, ó lo que es lo mismo el gobierno.

Francia perderá entonces é inmediatez su gran crédito financiero, pues no puede haber en este mundo particulares dispuestos á prestar su dinero á los más encarnizados enemigos de la propiedad particular. Se darán las leyes de imposición de horas de trabajo y de jornal por el Estado, se abrirán talleres con los fondos públicos para dar trabajo á todo aquel que lo necesite y en muy poco tiempo Francia se hundirá en la más siniestra miseria moral y financiera.

Algunas personas creen que evidentemente tiene que seguir en Francia á la corrupta república parlamentaria una vergonzosa y desafinada sinfonía socialista como aperitivo infalible para que el pueblo aclame la dictadura ¿Con qué ejército? Cuando el servicio militar duraba *siete años* y el cesarismo hacia brillante la profesión con repetidas guerras extranjeras, los soldados con la esperanza de rápidos ascensos, se reenganchaban. El servicio del soldado raso, durante la paz es simplemente humillante y como no es voluntario y es muy mal retribuido equivale á una expoliación. Con grandes ejércitos y con el servicio militar de *tres años* todos los hombres útiles de la nación tienen que ser soldados y como hay mucho socialismo en la nación, tiene que haber mucho socialismo en el ejército, lo que excluye la facilidad de que el ejército sostenga dictadores.

Temo muchísimo que el día en que el socialismo triunfe en Francia, to-

dos nuestros jacobinos cuya conciencia es eco poco musical de la del pueblo francés, se vuelvan socialistas y se dediquen á pervertir á nuestro pueblo y á hacerlo marchar por un camino que afortunadamente no conoce. Los gobiernos hispano-americanos deben fijarse en la iustrucción que en sus establecimientos recibe la juventud de las clases superiores especialmente la de la clase media que está obligada á tomar las revoluciones como la única industria posible, en países agrícolas que no pueden proporcionar trabajo á las clases medias ilustradas. Tal vez la ruina necesaria de la república parlamentaria francesa sirva de revulsivo en la América latina, para curarnos de la demencia política donde solo hay un enemigo fuerte; el clericalismo.

Aun la plaga clerical, no tiene en América la gravedad que en las naciones católicas europeas, donde el clero cuenta con masas importantes que lo escuchan, que se dejan fanatizar y conducir á actos colectivos de violencia inaudita contra la seguridad del Estado y de las instituciones liberales. En la América latina, la clase indígena derrama su sangre con igual indiferencia por el partido conservador, como por el liberal; por sí misma nada hace, no le interesa la cuestión, pues hay tantas religiones como municipios de indígenas y tantos dioses como santos patronos de aldeas. El indio es un pagano de mal gusto, que busca en la religión el placer; danza, aguardiente, cohetes, indigestiones, alegría de banquete de bodas.

Los mestizos de la clase popular son escépticos y muy inclinados al liberalismo; el clero con quien cuenta en toda la América es con las mujeres de las clases superiores, especialmente con las de la clase rica y con hombres educados fuera de la ciencia, que saborean la historia del padre Mariana y creen como dogma lo que les dice César Cantú. El clericalismo no es entre nosotros una cuestión nacional, sino una discordia entre dos clases sociales. En realidad, puede afirmarse que la lucha clerical se manifiesta entre hombres profesionales de talento é instrucción, contra el clero y las mujeres de la clase media y rica y de los maridos á quienes gobiernan sus esposas. Estamos exentos de plebes fanáticas y de rebaños de palurdos con iniciativa contra el progreso. Esto explica por qué hemos podido progresar en nuestros códigos con más rapidez que la mayor parte de las naciones católicas de Europa.

Respecto á nuestro *parlamentarismo*, es en toda la América latina más bien decorativo que real, y causa menos daño que en Europa porque produce meses de anarquía para desaparecer en años de dictaduras. El *parlamentarismo* es temible y dañoso en Francia, en donde el pueblo toma una parte muy activa en las elecciones de funcionarios públicos. Pero en nuestra América las cosas electorales marchan de otro modo; el parlamentarismo suele dañar mucho como á Chile, cuando no siendo constitucional se le practica por imitar á Francia, y dió por resultado la antipatriótica revolución contra un patriota de la noble talla de Balmaceda. En México, hubo

parlamentarismo y nos fué funesto desde que se promulgó la Constitución de 1857, hasta el año de 1878. Después de la ejecución del Archiduque Maximiliano en 1867, no fué al clero á quien le debimos un espantoso estado anárquico, inmoral, de miseria y bancarrota, sino al *parlamentarismo*, combatido en la *Convocatoria* del ilustre Juárez, en 1867, para aproximarnos á la verdadera república democrática de los Estados Unidos, como lo ha hecho Brasil en 1891; pero el jacobinismo muy poderoso entonces, casi declaró traidores á Juárez y á D. Sebastián Lerdo de Tejada, y nos recetó diez años de guerras civiles, de bancarrota profesional, de descrédito moral y financiero y un desaliento de muerte para el porvenir.

Cuando no es posible por falta de factores económicos realizar la idea de la república democrática como los Estados Unidos y Suiza, cuando tampoco es posible por falta de una clase verdaderamente rica é ilustrada fundar una plutocracia liberal rigiendo la nación por medio de una sólida oligarquía, lo que más conviene á naciones que se están formando es la dictadura liberal, con formas de gobierno democrático, eminentemente educativas. El cesarismo es todavía muy superior á la república parlamentaria, la monarquía feudal le es también superior; la monarquía absoluta igualmente. Solo la teocracia es peor como gobierno que la asquerosa república parlamentaria.

La república parlamentaria es un tirano de la fuerza de la Convención francesa de 1793 ó es la prostitución sin fuerzas como la república francesa de 1899, anonadada por la rebelión de un particular en una calle de París, fortificado y desafiando al Estado en compañía de sus amigos y este espectáculo tiene probabilidades de durar lo que el sitio de Sebastopol. Robespierre ó Guérin, son los dos signos de degradación de una república parlamentaria. La guillotina ó la befa y la prostitución. La epopeya del verdugo, ó la convulsión del orgiasmo de Pierrot.